

MODERNIDAD POSTMODERNIDAD DESDE EL SIGLO XVII

Francisco Pérez Cortés*

El debate modernidad-postmodernidad se ha impuesto como un problema de nuestro tiempo. Buena parte de lo que se hace en diferentes disciplinas gira alrededor de ese encuentro. En Filosofía por ejemplo, el debate ocupa un lugar importante por todo cuanto se dice actualmente al respecto.¹

Hay desde luego muy diferentes maneras de participar en ese debate. Se puede adoptar el punto de vista de aquellos que sostienen que la modernidad es un proyecto agotado y que nos encontramos en su fase de descomposición o en una nueva etapa de la experiencia humana (Lipset). Se puede adoptar igualmente el punto de vista según el cual la modernidad es un proyecto no terminado y que por lo tanto, casi todo cuanto se diga o haga seguirá siendo una de sus consecuencias (Habermas). En ambos casos, modernidad-postmodernidad sólo tiene sentido como problema, en tanto que se afirma el triunfo y la anulación de alguno de los extremos.

Por nuestra parte, sostendremos que dicho debate puede ser más productivo en la medida en que no se pierda de vista la Relación Necesaria de los polos, puesto que de ese encuentro importan menos los extremos que la relación misma. La postmodernidad es la otra cara de la modernidad y viceversa y la riqueza de los resultados dependerá de la capacidad que tengamos para pensarlos conjuntamente. Vamos a tratar de mostrar, además, que ambos extremos tienen un origen único y que forman parte de una relación que es preciso poner de relieve, porque de ello depende avanzar o no en el desarrollo del debate.

Re-escritura de una relación

Decía en 1986 J.F. Lyotard que una buena parte del trabajo intelectual que se realiza actualmente está dominado por el esfuerzo de re-escritura de aquello que se entiende por modernidad.² En nuestra opinión el comentario de Lyotard sólo es cierto a medias, porque en realidad no se trata sólo de re-escribir la modernidad como tal, sino de re-escribir a partir de una *relación fundamental* (lo post y lo moderno) todo lo que hoy se concibe como proyecto moderno, incluida su postmodernidad. Hoy día ya no es posible seguir re-escribiendo el proyecto moderno ni la propuesta postmoderna por separado. Es preciso construir el concepto de ambos extremos a partir de su puesta en relación. Es preciso escribir el movimiento de ida y vuelta que conduce cada una de las partes a su fundamento único, que por cierto no es otro sino el siglo XVII.

El siglo XVII con todo el saber y experiencias que le caracterizan, es el origen común del problema que nos ocupa, porque es la etapa de fundación de las ideas modernas y postmodernas. Vamos a ver que pocas cosas de cuanto se diga en torno del debate de la postmodernidad escapan a las posibilidades que inauguró el siglo XVII. Hacemos referencia al siglo de Descartes, de Leibniz, Hobbes, Locke, Pascal y Spinoza. Siglo que curiosamente en este debate sólo se percibe desapareciendo.³

El debate modernidad-postmodernidad puede entonces ser analizado a partir de una relación original cuyo



sentido se ha perdido, dando lugar con ello al triunfo efímero y paralizante de alguno de los extremos. La lucha de lo nuevo contra lo viejo, como a veces se plantea, es el síntoma de un problema mal puesto, cuyo origen ha sido olvidado para la anulación rápida de alguno de los polos.

Tachadura del siglo XVII

Desde el momento en que el encuentro entre la modernidad y la postmodernidad se lleva a cabo como la confrontación de dos fuerzas distintas e irreconciliables, el origen del debate es también fijado de manera artificial en muy diferentes épocas históricas. La postmodernidad nace a principios de este siglo dicen algunos o a finales del siglo pasado dicen otros. El Proyecto moderno nace en el siglo XVIII o XIX, según el autor de que se trate, y su fin se remite por lo general a comienzos del presente siglo.⁴

En todas estas evocaciones hay un gran ausente: el siglo XVII. Pareciera que el proyecto moderno no tiene ningún antecedente y que no tiene origen en ninguna parte. Su desarrollo, por eso mismo, resulta incomprendible. Las luces y la ilustración nacieron de la nada. El siglo XVII fue convertido en un espectro, a pesar de que se trata de la verdadera matriz de la modernidad y el antecedente más directo de lo que hoy día se concibe como postmoderno.⁵ Prácticamente nada de lo que se dirá en el siglo XVIII

hubiera sido posible sin su antecedente inmediato. También se podría decir que una buena parte de lo que se afirma sobre la postmodernidad (el reino de la diferencia, de la pluralidad, etc.) está contenido y encuentra sustento y alimento en ese siglo barroco.

El siglo XVII aparece tachado en el debate de la modernidad-postmodernidad porque simple y sencillamente no tiene registro. Es el elemento que se olvida en el encuentro, porque la postmodernidad necesitaba un adversario a la altura de sus posibilidades y para ello inventó una modernidad torpe e ingenua. Pareciera que detrás de la idea de progreso, de razón y de finalidad que según esto caracterizan a la modernidad, no hubiera más que candor inofensivo y todos los conceptos estuvieran flotando sin ningún fundamento.⁶

Lo que sucede es que por todos lados brota el siglo XVII con su riqueza y pertinencia para recordarnos que el verdadero debate no podrá avanzar en su desarrollo, si se pierde de vista el origen único de los extremos. El siglo XVII con su función de proto-modernidad, "protoilustración" (Fernando Sabater), es un lugar olvidado desde el que se puede reformular el debate que nos interesa, porque es el sitio en que se escribe la fundación mutua y común de los elementos en juego.

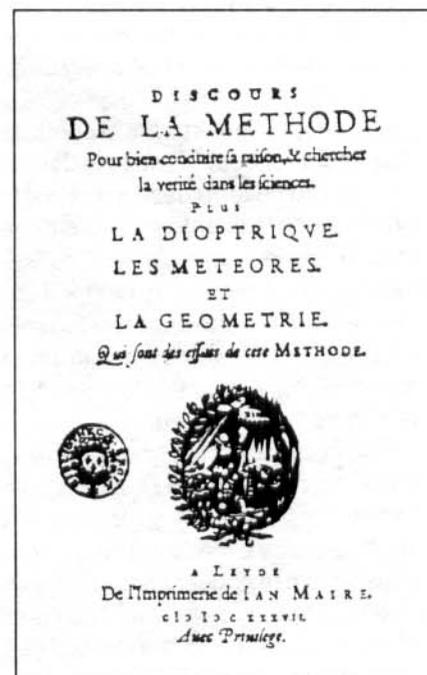
Analizar el debate desde la perspectiva del siglo XVII, nos dejará ver que el XVIII no es lo que dice la postmodernidad, que esta última, por su parte, no es tan inédita como parece y que ambas tienen un fundamento único tachado por la polvareda de la batalla. Nos hará ver que el origen mismo del debate es una relación primordial que hasta hoy aparece como dos cosas distintas: *la relación entre una identidad y una diferencia*. Relación en la que no puede haber ningún triunfo definitivo, más que a condición de anular la relación en cuanto tal y a cada uno de los extremos. La postmodernidad habla del futuro desde un presente en el que ya ha ocurrido todo, nosotros hablamos del presente desde el siglo XVII en el que también todo esto ya ha ocurrido.

¿Protomodernidad?

Luego de haber propuesto el análisis del debate modernidad-postmodernidad en términos de una relación fundamental cuyo origen se encuentra en el siglo XVII, la pregunta es la siguiente: ¿cómo hacer la descripción de esa protomodernidad olvidada? La respuesta es en parte heideggeriana. No es posible deconstruir una relación originaria para acabar proponiendo en su lugar una sustancia generadora, una fuerza creativa o una estructura indiscifrable. Es preciso analizar esa relación fundamental en términos de un nudo de interrogaciones, imposible de llenar con una nueva mano invisible o con dos o tres categorías que aparentemente conducen el desarrollo de las ideas. Se trata de deconstruir esa relación originaria para dejar vacío el lugar en donde será posible producir, conforme a líneas de sentido determinado, nuevas formas de significación específicas. Una cosa dice Heidegger, es un Jarro, un recipiente, algo que dentro de sí, contiene. Su "coseidad descansa en que es un recipiente". "Lo vacío es lo que hace el contener del recipiente. Lo vacío, este hueco desocupado del Jarro, es lo que es el Jarro como recipiente contenedor" (p.4). Los lados y el fondo, a través de los cuales y por cuyo medio el Jarro se sostiene, no son en realidad los que hacen el contener. "El contener descansa en el vacío del Jarro..." La elaboración del alfarero no hace al Jarro.⁷

La protomodernidad es ese lugar vacío en donde se tejen conforme a líneas de sentido particulares, estructuras de pensamiento diferentes siempre y jamás sujetas a reglas establecidas o a sistemas de conceptos absolutamente ineludibles. Son varias las tentaciones a las que es preciso renunciar para no caer en el equívoco: estudiar el siglo XVIII en su inmediatez y fuera de la relación con sus antecedentes, seguir relegando al olvido al menos relativo al espectro del siglo XVII, disolver la aparente unidad del siglo XVIII y romper con unidades artificialmente establecidas, incluida la de la postmodernidad.

Como en el universo heideggeriano, el punto de partida es una diferencia primordial que en este caso no es la del ser y el ente, sino la de la identidad y diferencia.⁸ A este respecto se puede decir que los cuatro elementos básicos para el análisis de la protomodernidad son los que siguen: una diferencia primordial (una relación), un trabajo de deconstrucción permanente, el análisis de los conceptos en su estructura básica (como el ser-en-el mundo) y el establecimiento de espacios vacíos de significación. Un análisis semejante habrá de convertir el debate modernidad-postmodernidad en un trabajo destructor del proyecto original, que sólo a partir de entonces podrá existir como posibilidad inagotable.⁹ Veremos en este momento la existencia de un proyecto que sólo se desarrollará como potencia creadora, en su estructura de posibilidades y que sólo es concebible como proyecto en su efecto de proyección. El proyecto sólo existirá proyectándose.



René Descartes

Desde este punto de vista, el siglo XVII no podrá ser anulado o superado por el XVIII, puesto que se trata de una matriz a la que siempre habrá que volver de manera inevitable. Entonces los siglos XVII, XVIII y la postmodernidad serán concebidos como una relación

perdida, como parte de un proyecto abierto, inestable y que sólo existe como poder ser y como fuente inagotable de posibilidades en su ejercicio de proyectación.¹⁰

Un Nudo de Impensados

La relación del siglo xvii y xviii y luego la del proyecto moderno con la postmodernidad deberán ser concebidas entonces como un único nudo de interrogaciones y como un nudo de impensados, que jamás podrá ser deshecho mediante definiciones que conduzcan a la anulación de alguno de los elementos. Se trata de un tejido de múltiples relaciones, de un tejido inagotable de sentidos que sólo existe como potencia y que configura una red de significaciones inseparable de su propia evolución.

De este punto de vista se desprende que el siglo xvii es la otra parte del siglo xviii, de la misma manera que la postmodernidad es la otra cara (y viceversa) del proyecto moderno. La postmodernidad es la esencia como reflexión del proyecto moderno y lo contrario. Por lo tanto la verdad de los dos es su puesta en relación. Se sabe que la postmodernidad reúne en su equilibrio efímero la racionalidad moderna, su desenmascaramiento y la síntesis crítica de ambas. Lo mismo se podría decir del proyecto moderno y del siglo xvii.

Sin embargo, lo que para nosotros es una relación originaria, actualmente es descrita como una batalla interminable entre dos postulados de base: el principio de la identidad contra el principio de la diferencia. El proyecto moderno se describe como una única estructura envolvente, como un sistema totalizador, como el reino del absoluto y la idea unificadora que suprime las particularidades.

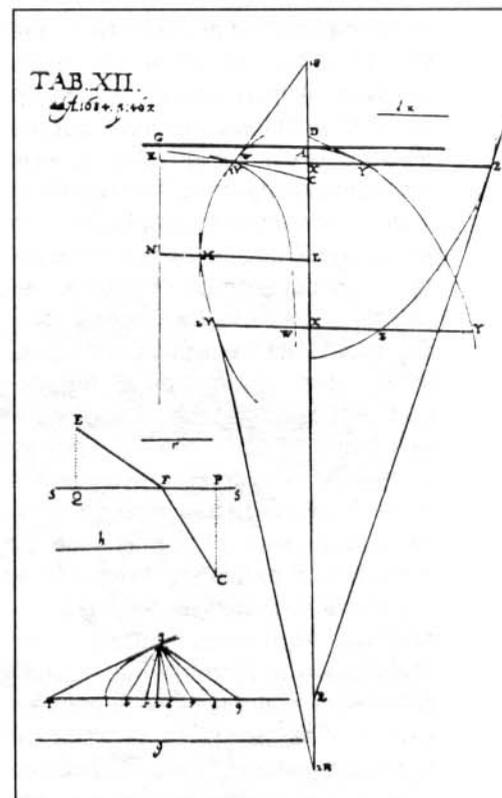
Es la tiranía de lo universal. Hegel obviamente es la corona de ese Imperio.¹¹ Por su parte, la postmodernidad es descrita como el reino de la diferencia, de lo múltiple y de lo particular. Ella es la muerte de la unidad, del progreso, de la razón totalizadora. Es la experiencia sin principio ni fin, la muerte de lo general, el enjambre de

sentidos plurales. Es el imperio irreconciliable de la diferencia.¹²

En esta manera de plantear las cosas no hay alternativa posible. Frente a la totalidad cerrada, la infinita apertura. No hay forma de superar esa yuxtaposición. Finalmente uno y otro extremo sólo existen en su exclusión indiferente e irreductible. La contradicción es insuperable e inofensiva. Estamos en un campo de batalla en donde se libra la lucha entre la tradición y un sentido de innovación y en donde lo viejo y lo nuevo se repelen, de la misma manera que lo fijo y lo efímero se excluyen para siempre.¹³ Según nosotros este planteamiento hoy día es insostenible. Ni la modernidad es esa estructura boba, ni la postmodernidad una dinámica insólita. Una y otra tienen su lugar y sus posibilidades en la matriz vacía del siglo xvii. No hay un solo proyecto moderno ni una postmodernidad más allá de su relación originaria. Prácticamente todo lo que la postmodernidad defiende está contenido de alguna manera en el siglo xvii y es éste realmente el que la volverá más productiva. Hablamos de Spinoza, teórico de la diferencia y del saber estratégico, de Leibniz y las combinatorias posibles, de Descartes y el discurso político de la individualidad irreductible, de Hobbes y la representación de los hombres y de las cosas, de Locke y la articulación de lo natural con el artificio. El siglo xvii es, recordémoslo, el siglo en el que se modelan las apariencias, en el que rige el principio de la continuidad, la complejidad y la voluntad de síntesis.¹⁴ Es el siglo en el que las contradicciones sólo existen como diferencias. Es el imperio de la diferencia y la repetición, de la conciliación armónica. Obviamente hay elementos de la postmodernidad que no pueden estar presentes en ese tiempo (el postulado de la comunicación por ejemplo), pero sin duda, una buena parte de esos elementos el siglo xvii los contempla.¹⁵

Fundación del Proyecto Moderno

La pretendida unidad en los siglos xviii y xvii es más que discutible. De la



Gottfried Wilhelm Leibniz

pluralidad del siglo xviii han dado testimonio entre otros Gastón Bachelard y Paul Hazard.¹⁶ En esa época, se nos dice, la multiplicidad ya era muy grande. Experiencia y razón se suceden naturalmente, curiosidad y experiencia científica se combinan sin ninguna dificultad, mientras que la diferencia entre conciencia popular y conocimiento científico es apenas perceptible. La generalidad y el sustancialismo, la experiencia básica y la extensión de las nociones, son conceptos o procedimientos útiles todos para modelar la apariencia. El "proceso al cristianismo", "La crítica universal", un ambiente de gran libertad espiritual, la ironía y la irreverencia frente a los valores tradicionales, son la base de una época que no intenta conocer objetivamente como se dice, sino fascinar desde un primer momento. Época que además está obsesionada con algunas ideas fijas que no deja de repetir y sobre las cuales vuelve siempre para justificarlas o para usarlas como justificación. La Europa del siglo xviii, nos dice Paul Hazard, quiere convencerse de que vive en el mejor de los mundos posibles y para eso recu-

re a una doctrina del optimismo que sirve como fundamento a sus propios extravíos. A través de ideas simples se llega a síntesis extrañas, porque justamente el enemigo principal es el conocimiento riguroso. Todo aquí son imágenes, metáforas y analogías. Aun el más modesto empirismo se presenta en un contexto de "hipótesis racionales". De la Filosofía como dice Bachelard, esta "tiene una ciencia que le es propia: la ciencia de la generalidad". Por estos motivos, es imposible definir al siglo XVIII como una unidad y por lo mismo, la crítica que le hace la postmodernidad a través de una serie de conceptos aislados, más o menos compartidos, es totalmente insuficiente y en buena medida carece de significación. Aquí esos conceptos se mezclan sin problema con intuiciones básicas, con curiosidades populares, experiencias científicas y crítica de todos los valores. Las narraciones que nos hace Bachelard sobre la coagulación, la esponja y la digestión, muestran la pluralidad inagotable de ese siglo.

Ahora bien, desde luego esta riqueza tiene un antecedente directo: el siglo XVII. El siglo XVII es un siglo extraordinariamente rico y propositivo. En él la dispersión es menor, pero lo cierto es que las bases del siglo de las luces están dadas. En el siglo XVII se combinan una serie de postulados de base, con una serie de mecanismos

para llevarlos a cabo. Los supuestos son entre otros: una gran voluntad de síntesis, la búsqueda de métodos para dar explicaciones estructurales sobre las cosas, el esfuerzo por modelar la apariencia, la búsqueda de las relaciones causales, el saber como aproximaciones empíricas, el rechazo al trascendentalismo, la conciliación de las diversidades, la rehabilitación de lo irracional, la creación de múltiples lenguajes, la búsqueda de equilibrio y armonía, así como la elección y el arte combinatorio. A esto se le ha dado el nombre de cultura, racionalidad e inteligencia barroca.

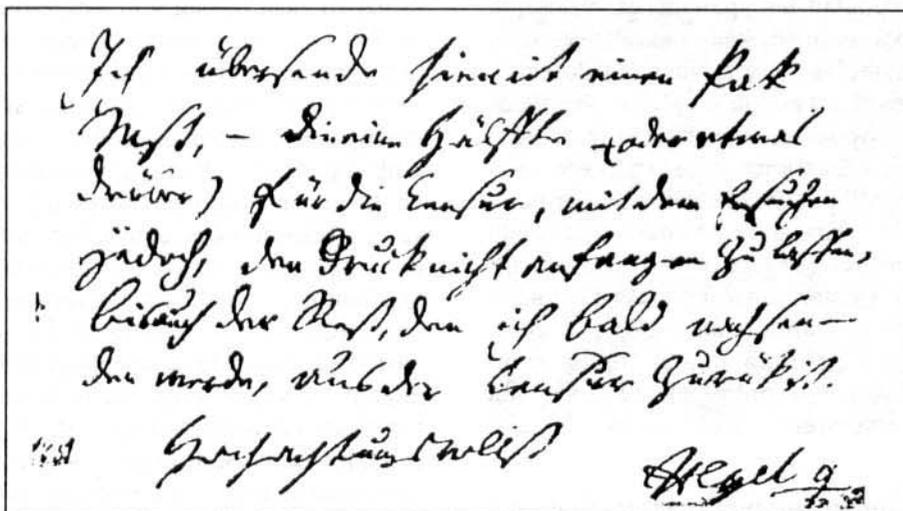
La conciencia europea se encuentra una vez más en crisis y por ello se requiere una renovación muy amplia de la vida intelectual de los países. A ello se debe la multiplicidad de corrientes y movimientos culturales que conviven en ese momento: el primer jansenismo francés, la lógica de Port Royal, el cartesianismo, el hermetismo, el neoplatonismo, el saber de los eruditos libertinos, el espíritu científico, los místicos, los humanistas, los hombres de las academias, el movimiento jesuita, etc. En ese momento el filósofo y el científico no eran cosas distintas (Descartes, Hobbes, Spinoza), tampoco el sabio y el apologista (Pascal), el pensador y el funcionario público (Leibniz). Las fronteras a ese respecto eran mucho menos precisas que ahora.

El hombre de razón del siglo XVII se plantea además una serie de problemas que pretende resolver de muy diferentes maneras. Los problemas son los siguientes y están planteados en términos de relaciones: ¿cuáles la relación entre el alma y el cuerpo, el interior y el exterior, el hombre y el creador, el particular y el universal, el todo y las partes, la ausencia y la presencia, la esencia y la existencia de las cosas, lo simple y lo complejo? Las preguntas son las de siempre, pero ahora están planteadas como relaciones que tienen que ser resueltas a través de unos mecanismos operativos específicos.

Ese mecanismo puede ser el pliegue barroco, la mónada, el creacionismo cartesiano, la representación hobbiana y aun la causa de sí spinocista. Armonías prestablecidas, principios de razón suficiente, deducciones matemáticas o dialécticas autoconstitutivas, son las formas que encontró el siglo XVII para resolver sus relaciones y para pensar sus diferencias.

Excepto Spinoza, que es al mismo tiempo una anomalía y la cumbre de esta época, los demás pensadores tienen en común una serie de supuestos que se convierten en la verdadera propuesta del siglo XVII: el sentido de continuidad, la conciliación de las diferencias, las oposiciones como diferencias, la integración de las multiplicidades en totalizaciones parciales, el pliegue como movimiento, la diferencia y la repetición como mecanismo operatorio, las aproximaciones empíricas y la deducción lógica, la matemática universal y el arte combinatorio, la armonía que no disuelve al pliegue primordial, el camino de la complejidad, la comprensión de las cosas en términos de procesos y la explicación del movimiento. En esto radica la importancia del siglo XVII: en haber recuperado los problemas de siempre (alma, cuerpo, esencia, existencia, Dios, hombre), pero ahora planteados en términos de pares binarios de relaciones que es preciso resolver a través de mecanismos operativos específicos.

Por eso la crítica a los conceptos aislados y al proyecto global es insu-



Georg Wilhelm Friedrich Hegel

ficiente y en buena parte carece de sentido. Ni el XVII ni el XVIII son siglos de razón, de progreso, de fines prestablecidos, de totalizaciones cerradas, de humanismos exacerbados, son más bien lo contrario. Son siglos plurales, transitorios, estratégicos, múltiples y abiertos porque no hay Proyecto que los envuelva. El Proyecto, si es que existe, sólo es una serie de relaciones que es preciso resolver, pero a condición de no anular a ninguno de los extremos. Spinoza es la cumbre de esta época porque al mismo tiempo forma parte y está fuera de ella. Su vida y su razón estratégica, su sistema abierto de oposiciones y diferencias es un ejemplo de la riqueza de un pensamiento que rechaza la totalidad cerrada (la sustancia en él es una totalidad de relaciones en movimiento), la evolución lineal, el fin de la historia, el progreso puro y simple, la razón todopoderosa, el imperio de la subjetividad, la verdad monolítica, etcétera.

Identidad contra Diferencia

Hoy es imposible disolver al Proyecto Moderno mediante la crítica de algunos conceptos generalmente compartidos, dado que ese proyecto, cuyo origen se remonta al siglo XVII, no es finalmente otra cosa (lo hemos dicho) sino una forma particular de resolver el conjunto de relaciones que está en la base de los discursos: identidad-diferencia, continuidad-discontinuidad, diferencia-repetición, todo y sus partes, simple-compuesto, interior-exterior, particular-universal, etc. En ese mundo los conceptos jamás están fijos sino que siempre forman parte de una tensión y una relación primordial. Desde luego el punto de vista de la postmodernidad es que esos pares binarios y sus relaciones hoy día carecen de sentido y son inutilizables. Lo cual por cierto no les impide volver y hacer uso de ellos.

Lo que la postmodernidad hace para no utilizar de nueva cuenta esos conceptos y sus relaciones, es simple y sencillamente anular uno de los polos y reificar al otro. En lugar de identidad-diferencia, continuidad-discontinuidad, todo-partes, simple-



Thomas Hobbes

compuesto, particular-universal, ella dice: reino de la diferencia, de la discontinuidad, de las partes, de lo simple y lo particular.¹⁷ Cirugía sin dolor de las relaciones originales. Porque con su bisturí de indiferencia, la postmodernidad se deshace fácilmente de las relaciones que desde hace más de veinte años eran la clave de la reflexión filosófica, dando con

ello la impresión de que el problema fue resuelto prácticamente sin ninguna complicación postoperatoria. Se corta la relación, se anula a un extremo y al otro se le convierte en objetivo general y en mecanismo operativo de todo cuanto existe.¹⁸

Ahora bien, extirpar la identidad, la complejidad y la universalidad, es arrancar la vida al cuerpo de relaciones que

exclusión sino sus articulaciones. La experiencia del hombre no es sólo la fluidificación de diferencias, porque el movimiento sin reposo acabará por abismarse en dirección de espacios sin retorno. No es posible permanecer con el pie eternamente en el aire, no todo puede ser puro movimiento, hace falta la estructura que fije las proyecciones en alguna parte. Estructura y movimiento, identidad y diferencia deben ser la clave, para que ambos extremos existan efectivamente.²¹

Relación Diferenciante

Hablamos de una alteridad primordial. De una alteridad que tiene como fundamento la diferencia de los extremos. De una alteridad que no admite la supresión de las partes, pero de la que emerge por la puesta en contacto

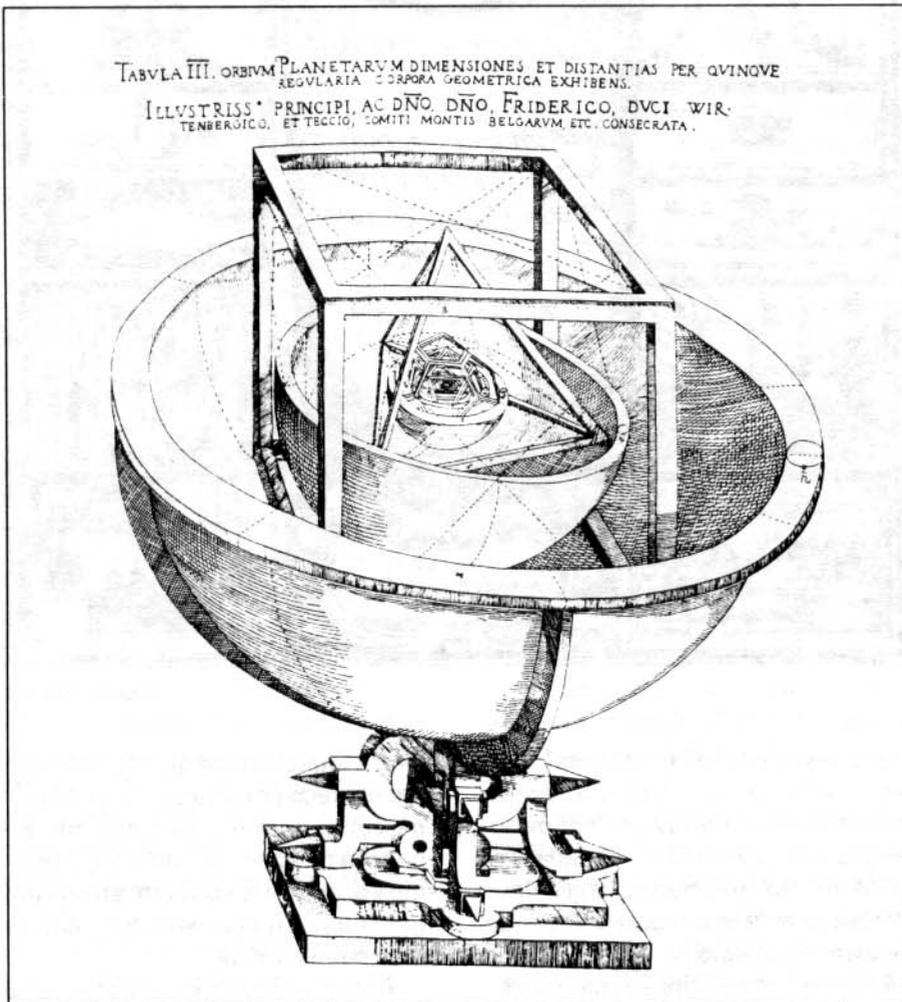
de los elementos, una identidad que no es otra cosa sino una relación. El paso de la alteridad de diferencia a una alteridad de relación, es la clave del movimiento que sigue la constitución recíproca de los extremos. Es en la relación en donde se realizan efectivamente las diferencias.

Relación diferenciante, decimos nosotros, entre modernidad y postmodernidad, que no puede dar por resultado el triunfo de algún elemento en detrimento del otro. Relación que además no puede suprimir a los extremos, porque desde el principio no se propone rebasarlos. Archirrelación que al producir discursos se reproduce a sí misma. Archirrelación que por el momento no es superable y sobre la que siempre se vuelve. Vacío y tejido de relaciones de los que no es posible alejarse más que para volver al mismo

tiempo. Vacuola semejante al goce del que habla el psicoanálisis sobre el que siempre se vuelve para perderlo inevitablemente sin jamás alcanzarlo.²² Alteridad de relación que es inseparable de su evolución y que pone siempre en juego una discordancia activa, a partir de la cual es posible pensar una tensión que se desdobra de diferentes formas. Aquí la diferencia es el origen estructurado de las diferencias.

Habría que reconocer que la crítica postmoderna, no obstante su unilateralidad ha mostrado ya su pertinencia. Pero para enriquecerla se requieren dos cosas: primero abandonar el nivel de generalidad y de imprecisión en que se encuentra y segundo, llevar a cabo un amplio trabajo de deconstrucción de sus propias consideraciones. Porque si la postmodernidad ejerciera una crítica sobre sí misma, semejante a la que ella desarrolla sobre el Proyecto Moderno, se vería que todo el halo de novedad que le caracteriza desaparecería inmediatamente.

Sólo así la crítica postmoderna será más productiva, porque mientras más precisa sea, más estará en condiciones de demostrar su pertinencia. Analizando autor por autor y concepto por concepto a partir de su perspectiva deconstructiva, seguramente la postmodernidad habrá de dar los resultados que el saber de nuestro tiempo necesita. De lo contrario seguirá siendo una especie de regocijo, no exento totalmente de verdades relativas. Dar un paso adelante dependerá de plantear los problemas en sus verdaderas complejidades y dimensiones, porque no basta juntar a los ilustrados con Hegel y decir que todos ellos creen en el mismo absoluto, para pensar que se está diciendo algo importante en cualquier disciplina. Es preciso deconstruir en las diferencias concretas, en la riqueza de puntos de vista, en las especificidades más sutiles para que la crítica cobre significación y sentido. Si no se corre el riesgo de confirmar lo que dice Innenarity: "la Filosofía moderna es el desarrollo de un proceso en que el tribunal y el acusado intercambian su papel". Hace



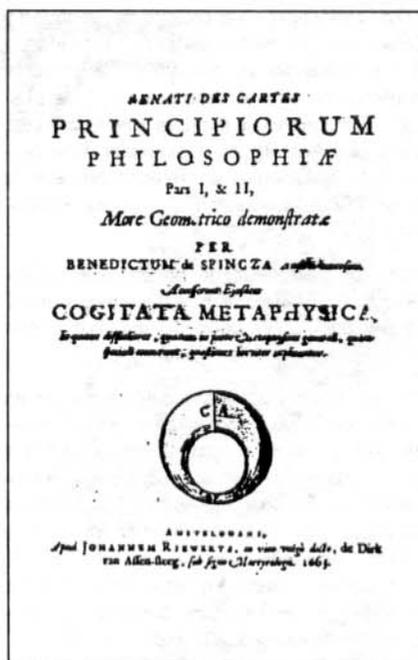
El misterio cósmico de Kepler

han venido configurando las experiencias de razón desde el siglo XVII. Es separar la carne de los huesos, la estructura de la dinámica, la modernidad de su postmodernidad. Es arrebatarse al proyecto originario toda capacidad creativa en nombre de una propuesta alternativa, que por otra parte no admite serlo. Por eso es que la postmodernidad no elabora una definición precisa y para autoafirmarse, se limita a decir que no es nada en particular, que su pensamiento es débil y que es prácticamente pura comisura. Es como si "para definir a una mujer dijéramos que es un no hombre".¹⁹ Por eso es natural que la postmodernidad no siempre cobre cuerpo y que se convierta en puro porvenir a falta de presentes concretos.

Modernidad Postmoderna

El proyecto moderno descrito por la postmodernidad es el reino de una serie de conceptos que hoy declinan irremediabilmente: el progreso y la superación, la razón teleológica, la unidad totalizante, la historia como proceso unitario, el principio de verdad, el sujeto creador y la novedad como criterio para el desarrollo de todas las cosas. Frente a esa ingenuidad sin límites, la postmodernidad propone la realización de una tarea deconstructiva de los conceptos anteriores y el desarrollo de alternativas que no sustituyan unos elementos por otros, sino que permitan instituir lugares vacíos en donde será posible tejer series de posibilidades discursivas distintas a los dispositivos de razonamiento tradicionales. Se trata de vaciar los lugares ocupados anteriormente por los conceptos indiscutibles del Proyecto Moderno, para que en esos espacios de escritura se elaboren discursos que no estén sujetos a las normas convencionales.

La postmodernidad rechaza además todo tipo de orden lineal y de fines prestablecidos. Desde su punto de vista ya no se trata de promover el progreso, sino de evitar más retrocesos. Ella es el reino de la diferencia y la pluralidad y en donde el elemento individual recobra su significado, no



Baruch Spinoza

obstante que es un "sujeto débil" en espesura, para usar el término de G. Vattimo. El rechazo de todo tipo de utopía corre paralelo al del principio de unicidad de la historia y a la defensa de la pluralidad de juego de lenguajes.²⁰

Lo que sucede es que buena parte de la crítica de la postmodernidad depende de la imagen que ella se hace del Proyecto Moderno. Desde el momento en que este último es presentado como un discurso cerrado y monolítico, se pierde de vista la enorme cantidad de diferencias y matices que caracteriza a los miembros que forman parte de él. Asimismo desde el momento en que se critica a la modernidad diciendo que en ella todo es unidad, identidad, totalidad, sistema, estructura fija, se le vacía artificialmente de la dinámica que le caracteriza: pluralidad, diferencia, multiplicidad, etc. El Proyecto Moderno no es pura estructura, es estructura pero también es dinámica. Dinámica de que se apropia celosamente la crítica postmoderna.

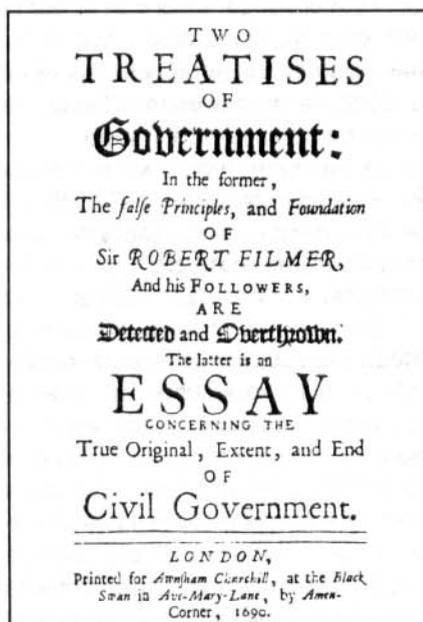
El problema es que ni el Proyecto Moderno ni la postmodernidad son esos personajes que aparecen en el escenario, además de que de esta manera nos encontramos en una obra de teatro, no en un debate filosófico. El debate sólo puede llevarse al cabo

en lo concreto, en las diferencias y en los matices específicos que caracterizan a cada uno de los pensadores que entran en juego, toda vez que ha sido analizada la estructura y la dinámica de sus sistemas de pensamiento. No es posible elegir al adversario y luego desarmarlo. Aunque desde luego es más fácil combatir con Condorcet, Voltaire, Diderot y con un Hegel arrastrado, que con Leibniz, Descartes, Locke o Spinoza; sólo que al elegir ese camino, la postmodernidad no hace sino imaginar con ello que libra una batalla cuando en realidad asiste a una comedia sin argumento.

La postmodernidad se reconoce inmediatamente opuesta al mellizo y se imagina que ya no guarda ninguna relación con respecto del cordón umbilical de la madre. Ella aún no tiene vida propia porque permanece atada, pero supone que exaltando sus diferencias con el otro, ya no tiene relación con nadie. Considera que así no tiene raíces ni antecedentes y que es prístina y autosuficiente. No se ha dado cuenta que independientemente de lo que ella piense, su otra parte le habita y determina. ¿Es concebible pura diseminación de diferencias? ¿Puras particularidades sin universo? ¿Puras simplezas? ¿Discontinuidades puras? ¿A dónde conduce todo esto? Hace tiempo se decía que al escepticismo, al nihilismo y a un subjetivismo exacerbado; a totalizaciones parciales excluyentes, a hombres de una sola opción, de una sola idea. A endurecimientos de las dualidades en el dualismo y de las pluralidades en el pluralismo. A puras alteridades de diferencia que suprimen la verdadera alteridad que tiene que ser de relación y no de indiferencia.

Por supuesto que no se trata aquí de anular las diferencias, en ello radica, nos parece, lo valioso de la defensa postmoderna, pero tampoco es cuestión de reificarla artificialmente y de colocarla por encima de sus relaciones concretas. Por el contrario. El objetivo para nosotros consiste en autenticar la diferencia como diferencia, a través de su puesta en relación como identidad con las demás. La verdad de las cosas no puede ser la

falta que la postmodernidad niegue relativamente su diferencia y la deposite en una alteridad primordial, para que su mensaje abandone el nivel de generalidad en que se encuentra. Sólo a través de la diferencia, la identidad vendrá a sí misma y a su vez, por la identidad, la diferencia accederá a la verdad de su concepto y de su realidad.



John Locke

Notas

¹ "La filosofía contemporánea dice D. Inness, se ha convertido en una reflexión sobre la modernidad", *Dialéctica de la modernidad*, Ed. Rialp, Madrid, 1990.

² J.F. Lyotard. Véase artículo en *Revista de Occidente* 66, noviembre de 1986.

³ Sobre el saber del siglo XVII, el libro de Herbert Knecht, *La Logique Chez Leibniz* (Essai sur le rationalisme barroque) Ed. L'Age d'Homme, Lausanne, 1981, cap. III y la conclusión.

⁴ Véase sobre esto, G. Vattimo, *El fin de la modernidad* cap. I y II, Ed. Gedisa, Barcelona, 1986 y D. Inness, *op.cit.*, cap. II.

⁵ Curiosamente el siglo XVI es reconocido como parte del renacimiento, mientras que el XVIII es el origen de la modernidad. ¿Qué es entonces el XVII? ¿Quién lo ha visto?

⁶ Este es nuestro supuesto de base: en el siglo XVII se funda el proceso, en el siglo XVIII se constituye el producto.

⁷ M. Heidegger, *La Cosa*, conferencia presentada en 1951, ante la Academia de Bellas Artes de Munich.

⁸ Dice Heidegger en el prólogo de *Identidad y Diferencia*: "La mutua pertenencia de identidad y diferencia se muestra en la presente publicación como aquello que hay que pensar". "Escuchando la armonía que reina entre Ereignis y Austrag, el propio lector debe descubrir en qué medida la diferencia procede de la esencia de la identidad". Anthropos, Barcelona. 1988, pp. 58-59.

⁹ Dice también Heidegger en *Identidad y Diferencia*: "Sólo cuando nos volvemos con el pensar hacia lo ya pensado, estamos al servicio de lo por pensar". *ibidem*, p. 97.

¹⁰ Nuestro punto de vista es como el del Dasein de Heidegger, que "constitutivamente es poder ser y puede encontrar las cosas sólo insertándolas en este su poder ser y entendiéndolas, por lo tanto, como posibilidades abiertas". G. Vattimo, *Introducción a Heidegger*, Gedisa, Barcelona, 1986, p. 34. "Apropiarse de la cosa quiere decir también y más radicalmente, incluirla dentro del proyecto propio de existencia". *ibidem*, p. 44.

¹¹ La asociación que establece J. F. Lyotard entre Hegel, Auschwitz y el nihilismo, porque los tres atribuyen a una dialéctica negativa una potencia afirmativa, es a todas luces espectacular e insensata. Ver *La Diferencia*, capítulo "El resultado", pp. 110-117.

¹² Hoy la diferencia está de moda, se ha convertido en la clave de muchas propuestas. La postmodernidad, la deconstrucción, el postestructuralismo, etc., conciben a esa noción como el principio motor de todo cuanto rige el movimiento de las ideas y de las cosas. La diferencia es presentada hoy como el lado perdido de la razón y a partir de ello, se desarrolla una crítica desenfadada de la noción de identidad, de la tendencia a la unidad y del sentido de totalidad. Desde luego, cuando a la unidad y al sistema se les despega artificialmente de su otro lado (la pluralidad, lo múltiple) ellos tienden a convertirse en criterios absolutos. Se olvida que lo mismo sucederá con la diferencia cuando ésta sea arrancada de raíz de su otra parte.

¹³ Desde luego la explicación es más sutil. Se dice que la postmodernidad es el fin de la modernidad y su radicalización, algunos hablan inclusive de ella como su rebasamiento. De cualquier manera lo ingenuo y viejo ha dejado su sitio a lo crítico y lo propositivo. Antigua estructura contra nueva dinámica, es la clave sobre la cual se desarrolla el debate.

¹⁴ Todas estas características propias a la racionalidad barroca apuntan considerablemente en dirección de lo que Vattimo denomina "una estetización general de la vida". (El Fin de *La Modernidad*, p. 52).

¹⁵ Dice Herbert Knecht en *La Logique de Leibniz* (p. 337): "El universo del pensamiento barroco no se limita de ninguna manera a la filosofía mecanicista. En el siglo XVII se anudan y desanudan, se junta y se disocia una

multitud de corrientes intelectuales, de proyectos teóricos, de formas de sensibilidad estética y racional".

¹⁶ G. Bachelard *La Formación del espíritu científico*, ed. Siglo XXI, México, 1972. Paul Hazard *El Pensamiento Europeo en el siglo XVIII*, Alianza Editorial, Madrid, 1986. Gerard Tournadre *L'orientation de la science cartésienne*, Ed. PUF, París, 1982. Henri Gouhier, *Blaise Pascal, conversion et apologetique*, Ed. PUF, París, 1986. Robert Mondrou, *Deshumanistes aux hommes de Science*, Ed. du Seuil, París, 1973.

¹⁷ Sobre esta polarización de la noción de diferencia, véase el texto de J. Derrida "La Différance" (1968) en donde dice: "En una lengua, en el sistema de la lengua, no hay más que diferencias" (p. 47). "Un juego tal, la diferencia, ya no es entonces simplemente un concepto, sino la posibilidad de la conceptualidad, del proceso y de los sistemas conceptuales en general" (p. 46), en *Márgenes de la Filosofía*, Ed. Cátedra, Madrid, 1989.

¹⁸ Dice Lyotard en *La Diferencia* (p. 25) "Hacer justicia a la diferencia (*sic*) significa instituir nuevos destinatarios, nuevos destinadores, nueva significación, nuevos referentes para que la sinrazón se exprese y para que el querellante deje de ser una víctima". Todo es nuevo en el mundo de la diferencia, ahí no habrá víctimas, ni injusticia. "El objetivo de una literatura, de una filosofía y tal vez de una política sería señalar diferencias y encontrarles idiomas". *ibidem*, p. 26.

¹⁹ Charles Jencks, *El lenguaje de la arquitectura postmoderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 1984, p. 5.

²⁰ "...Se comprende también dice Vattimo que la crisis actual de la concepción unitaria de la historia, la consiguiente crisis de la idea de progreso y el ocaso de la modernidad no son solamente acontecimientos determinados por transformaciones teóricas...". "Postmodernidad: una sociedad transparente", en *En torno a...* p. 12.

²¹ Véase sobre esto P.J. Labarriere, *Le Discours de L'altérité*, Ed. PUF, París, 1983, Introducción.

²² Para una idea más precisa de esta alteridad primordial, se puede leer el artículo de Heidegger sobre *La Cosa* (su ejemplo del jarro vacío), y el texto recientemente publicado de Nestor Braunstein, *El Goce*, Siglo XXI, 1991. Dice este último: "Del goce originario no queda sino la nostalgia que lo crea retroactivamente, que lo mitifica a partir de que se le perdió, de que es irre recuperable en esa forma..." (p. 45). "La historia de cada uno es el resultado de los modos de fallar los encuentros con el goce y de volver a lanzarse tras él". (p.65).

*Profesor investigador del Departamento de Teoría y Análisis